

LITERATURA, COLONIALISMO Y GENOCIDIO EN AFRICA

LITERATURE, COLONIALISM AND GENOCIDE IN AFRICA

Horacio Cagni*

Resumen

El Estado Independiente del Congo fue un Dominio privado del Rey Leopoldo II de Bélgica, entre 1885 y 1908, en que pasó al Estado Belga con el nombre de Congo Belga. En este latifundio se realizó uno de los mayores genocidios de la historia, merced a la explotación de la población congoleña por medio del sistema colonial. El genocidio en el EIC fue ampliamente documentado por G. Williams, R. Casement, A. Conan Doyle y otros contemporáneos y, recientemente, por A. Hochschild, todos ellos estudiados en este artículo.

Pero es quizá la emblemática novela de Joseph Conrad *El Corazón de las Tinieblas*, donde relata su experiencia congoleña, el mayor testimonio de lo que sucedió en el EIC. No obstante, dicha obra no deja de ser una muestra del eurocentrismo dominante frente a la alteridad africana. La conclusión es que la actual revisión crítica del pasado colonial, en relación con los grandes genocidios del S. XX, es un aspecto sintomático de la mala conciencia europea luego del proceso de descolonización, el fin del bipolarismo, la migración de las excolonias hacia la metrópoli, que esconden la permanencia y continuidad de las principales causas de conflicto en el mundo actual.

Palabras clave: Colonización / Literatura / Congo / Eurocentrismo / Genocidio.

* Profesor e investigador del Instituto y de la Maestría en Diversidad Cultural de la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Investigador del CONICET. Agradecemos a los colegas Hugo Alvarez, Alfredo Mason y Rodolfo Quarleri por su colaboración con la bibliografía utilizada en este ensayo.

Abstract

Between 1885 and 1908 the Congo Free State was a private domain of King Leopold II of Belgium, at which point it became part of the Belgian state under the name of The Belgian Congo. In this territory one of the greatest genocides in history was carried out, due to the exploitation of the congolese population by means of the colonial system. The genocide in the CFE was widely documented by G. Williams, R. Casement, A. Conan Doyle and other contemporaries, and recently by A. Hochschild, all of them studied in this article.

But it is perhaps Joseph Conrad's emblematic novel, *The Heart of Darkness*, where he relates his congolese experience, the greatest testimony of what happened in the CFS.

Nevertheless, said work is a sample of the dominant eurocentrism instead of the comprehension of African reality.

The conclusion is that the current critical revision of the colonial past, in relation to the great genocides of the 20th Century, is a symptomatic aspect of the European bad conscience after the decolonization process, the end of bipolarism, and the migration of the former colonies to the metropolis, which hide the permanence and continuity of the principal causes of the conflict in the current world.

Key Words Colonization / Literature / Congo / Eurocentrism / Genocide.

[Recibido: 05/11/2012 – Aprobado: 30/11/2012]

La relación directa y estrecha entre literatura y política ha sido una constante a lo largo de la historia. Con la prodigiosa expansión de Europa a nivel planetario a partir del S. XVI, los ideólogos españoles, ingleses y franceses produjeron innumerables escritos, con la intención de legitimar la apropiación de tierras y la explotación de los pueblos extraeuropeos por parte de las respectivas metrópolis imperiales. El imperialismo europeo tiene dos etapas, distintas pero interrelacionadas. La primera comienza con el primer viaje de Cristóbal Colón y el descubrimiento del Nuevo Mundo en 1492 y termina hacia 1830, con la derrota definitiva de las fuerzas realistas en América. La segunda comprende la ocupación efectiva del Asia, África y varios territorios del Pacífico, a partir de 1780. Esta etapa duró hasta muy poco, en un lento proceso de colonización y descolonización, que para la mayoría de las poblaciones de los dominios fue sencillamente destructivo.

No todo imperialismo es colonialista. La relación colonial es, casi siempre, producto de la conquista, y así fue la expansión planetaria europea. La alternativa colonialista se aplica generalmente a territorios ultramarinos o alejados de la metrópoli, donde una nación establece y mantiene su dominio político sobre una población de cualquier etnia y cualquier grado de desarrollo.¹ A esta definición hay que agregar que la colonización implica no sólo el dominio económico y político sino también simbólico, es decir impone la cultura e identidad del colonizador sobre el colonizado.

En la expansión europea, los mercados internos eran insuficientes para sustentarla, lo cual hizo necesaria la conquista de zonas lejanas, donde explotar los recursos para la producción y vender esos productos. La posesión de colonias fue esencial para las naciones capaces de expandirse comercialmente. Por supuesto que los europeos no inventaron el imperialismo ni el colonialismo, pero el avance tecnológico del Viejo Continente dotó a esas potencias coloniales de una capacidad de dominio y explotación sin precedentes en la historia.

La segunda etapa del imperialismo colonialista tenía una justificación repetida desde el S. XVIII: mientras que los romanos se propusieron someter a toda la tierra conocida a su Imperio mediante la conquistas -empresa continuada por España, al invadir y conquistar territorios con gobiernos legítimos-, los franceses y, sobre todo, los ingleses, habían ido a otras latitudes «para establecerse sin causar ningún perjuicio a las naciones de aquellos países no cultivados y casi deshabitados». Es decir que de acuerdo a esta tesis, la colonización inglesa habría sido *sui generis*, «por medio del derecho natural y los derechos de la humanidad que de él emanan».²

En esta concepción, los ingleses, por ejemplo, habrían aceptado agradecidos las tierras ofrecidas por los indígenas americanos y, una vez establecidos los colonos sin violencia en esos territorios, se habrían dedicado a ayudar a los nativos a desprenderse de sus aspectos salvajes, aceptando el útil evangelio y las enseñanzas de la civilidad y educación europeas. Cuando a mediados del S. XIX se abrió la vastedad del continente africano a la expansión de las potencias europeas, esta doctrina se amplió: se trataba ahora de llevar la civilización a pueblos primitivos, salvajes e ignorantes, que no habían estado en

¹ Cfr. STRAUSZ HUPÉ, R. & HAZARD H. W. (1964), *La Idea del Colonialismo*. Tecnos, Madrid. pp. 12-ss.

² PAGDEN, Anthony (1997), *Señores de todo el mundo. Ideologías del Imperio en España, Francia y Gran Bretaña en los siglos XVI, XVII Y XVIII*, Península, Barcelona. p. 117.

contacto con el progreso material e intelectual de la civilización occidental, ni gozado de sus beneficios. Se puede argumentar que esta postura entre filantrópica y paternalista se acompañaba de la mayor hipocresía y cinismo, pero era también una convicción en muchos de los pensadores, intelectuales y políticos ochocentistas. Se volverá sobre el tema más adelante.

Bélgica y el club colonialista

En 1835, una exposición universal en Bruselas demostró al mundo que la pequeña Bélgica pasaba a integrar el escaso grupo de naciones industrialmente avanzadas. Pero este logro contrastaba con la miseria de campesinos y obreros. Posteriormente, la crisis alimenticia, unida a los disturbios por la autodeterminación de Flandes alcanzó un punto álgido en el país. El gobierno belga estimó que la colonización podía constituir una solución a los problemas nacionales. En primer lugar, una base para una industria en expansión y una fuente de recursos para una población mayormente empobrecida, por lo cual era necesario emprender operaciones de colonización en ultramar.

Es poco conocido que una sociedad anónima, la *Compagnie Belge de Colonization*, en 1844 intentó establecerse en Guatemala, empresa que terminó desastrosamente. Léopold Luis Philippe Marie Víctor de Coburgo-Gotha (1835-1909) accedió al trono de Bélgica en 1865, en un momento en que toda Europa estaba en plena fiebre de expansión y desarrollo económico. En 1876, el rey Leopoldo exalta los ideales humanitarios que planea llevar al África central, en la inauguración de la Conferencia Geográfica de Bruselas, ante políticos, exploradores y científicos de los países más significativos de Europa. Inmediatamente se funda la *Association Internationale Africaine*, creándose en el mayor secreto la *Association Internationale du Congo*, su fundador, Leopoldo, es ratificado como rey soberano del nuevo Estado Independiente del Congo (EIC) en la Conferencia Africana celebrada en Berlín en 1884, con la presidencia de Bismarck.

Los Estados signatarios proclamaron en Berlín la libertad de comercio en el Congo y la interdicción de la trata de esclavos. El parlamento belga, casi unánimemente, le acordó en 1885 al rey Leopoldo la soberanía sobre el EIC, consagrando la unión personal entre el rey y el nuevo Estado, con la ayuda financiera de Bélgica. De inmediato se crearon sucesivas compañías con el fin de explotar lucrativamente al Congo: Compañía del Congo para el comercio y la industria, Compañía de Ferrocarriles del Congo, etc.

Al principio, se trataba del marfil; no puede calcularse la masacre de elefantes acontecida en África desde entonces hasta el período entreguerras del S. XX, que estuvo a punto de acabar con la especie. Pero, a partir de 1887, cuando John Dunlop inventó el neumático con cámara, el caucho se transformó en una materia prima fundamental para el desarrollo industrial, y el Congo, al igual que el Amazonas, rebosaba de hevea, el árbol del caucho. La producción de caucho se transformó en una cuestión estratégica para la pequeña pero poderosa Bélgica, y aquí el trabajo de los nativos, en condiciones infrahumanas, era el pilar.

A partir de 1890, la opinión pública empezó a tomar partido por la administración directa del Congo por Bélgica. Algunos proponían el anexionismo inmediato, otros el diferido, y otros eran antianexionistas, particularmente los socialistas y progresistas.

Con el sufragio universal en 1894, comenzaron a tener presencia en el Parlamento representantes del Partido Obrero Belga, opuestos a la política colonial. Los católicos, que representaban a los campesinos, alertaron que una política nacional colonial obligaría al país a instaurar el servicio militar obligatorio. Desde 1896, la política colonial de Leopoldo II, merced a sucesivas denuncias, había suscitado la reprobación de todo el mundo, que luego se tradujo en presiones de diversos países al Estado belga. La opinión pública belga reclamaba la anexión del Congo, un bien que ellos consideraban como de derecho propio: el abandono del Congo era imposible, dadas las relaciones económicas y financieras de la región con la metrópoli. El estado belga se hizo cargo de la deuda del Congo, de 100 millones de francos, y además debía pagar a Leopoldo otros 50. El 9 de setiembre de 1908, fue votada la anexión del Congo por Bélgica, pasando a llamarse Congo Belga, que se mantuvo como tal hasta su independencia en junio de 1960.

Que había ocurrido en el Estado Independiente del Congo, el latifundio personal del rey Leopoldo? En la inauguración de la Conferencia Geográfica de Bruselas de setiembre de 1876, el soberano había pronunciado un discurso de corte «humanista»: *«abrir a la civilización las partes del planeta aún no penetradas por ella, y quitar las tinieblas que envuelven a poblaciones enteras, es una cruzada digna de este siglo de progreso...estoy dichoso de constatar que el sentimiento público es favorable a esta corriente...»*³

³ Citado por BANNING, E. (1877), «L'Afrique et la Conférence Géographique de Bruxelles. pp. 123-124, en: *La Conférence géographique de 1876. Recueil d'Études*, Bruxelles, Académie Royale des sciences d'outre-mer. En *MINISTÈRE DES AFFAIRES ÉTRANGÈRES, DU COMMERCE EXTÉRIEUR ET DE LA COOPÉRATION*

Acorde a uno de los puntos centrales de la Conferencia Africana de Berlín -la lucha contra la esclavitud-, la Sociedad Antiesclavista de Bélgica le envió al rey Leopoldo un comunicado, en el cual sostenía que la trata de esclavos era patrimonio de los árabes de Zanzíbar, que se habían internado en el continente. La lucha contra el avance árabe, es decir contra la trata, fue emprendida por el Estado belga mediante una expedición militar, legitimada por la Sociedad Antiesclavista, y bendecida por el primado, cardenal Lavigiére, recibido en audiencia por el Papa León XIII. En 1894 la victoria militar del EIC sobre los traficantes árabes fue definitiva.

El comunicado de la Sociedad Antiesclavista es una muestra de ingenuidad o cinismo: «*Señor, es con patriótica fiereza que la Société Antiesclavagiste de Belgique apoyó los repetidos éxitos que honramon a las armas belgas en África y consolidado definitivamente la obra de V. Majestad en el continente negro. Bélgica, gracias a la iniciativa de su rey, se ha puesto gloriosamente a la cabeza del movimiento africano del S. XIX. El Estado Independiente del Congo ocupa hoy el primer lugar entre los Estados civilizadores como sostén del antiesclavismo. Europa, Señor, no puede más que rendir unánimemente homenaje a la obra de Su Majestad.*»⁴

Testimonios sobre el Estado Independiente del Congo

Pero la realidad era otra. Una carta fechada en el puerto congoleño de Boma en noviembre de 1893, escrita por el gobernador general Theophile Wahis, dirigida a todos los comisarios de distrito y jefes de expedición del EIC señalaba: «*Ciertos agentes nuestros hacen la guerra a los indígenas e incendian las aldeas sin rendir cuenta de sus actos. Han realizado ejecuciones sumarias sin ser derivados a ningún tribunal ni consejo de guerra... Los jefes inmediatos de la región no pueden ignorar estos hechos de gravedad... si el capricho de los individuos sustituye a la ley, seremos más salvajes que los indígenas que debemos incluir en la civilización...*»⁵

Emile Banning (1836-1898) era director general del Ministerio del Exterior belga, y colaborador activo del rey Leopoldo en materia congoleña.

AU DEVELOPPÉMENT. BRUXELLES (1978), Textes et Documents. Documents d'Histoire de Belgique, Tome II: la Belgique Contemporaine de 1830 a nous Jours. p. 222. Téngase en cuenta que muchos documentos referentes al EIC fueron considerados secretos y desclasificados recién en 1980.

⁴ *Ibidem.* p. 221.

⁵ *Ibidem.* pp. 220-221.

Su honestidad le llevó a asumir una actitud cada vez más crítica frente a la administración del EIC.: «*El Estado Independiente del Congo entró, después de 1890, en un período de crisis... Una política irracional, servida por una voluntad tenaz en el seguimiento de sus objetivos y también variable en sus direcciones y combinaciones, ha transformado poco a poco el territorio del Estado, de colonia libre abierta a todas las iniciativas -conforme a los postulados de la Conferencia de Berlín - en un vasto monopolio ejercido para beneficio del gobierno por sus propios agentes.*»⁶

Resulta importante transcribir una carta abierta a su serena Majestad Leopoldo II, rey de los belgas y soberano del Estado Independiente del Congo, enviada en 1890 por el coronel G. W. Williams (1849-1891), de los Estados Unidos de América, quién había visitado los dominios del soberano el año anterior y que interesa citarse ampliamente, por su enorme valor testimonial:

«*Cuando llegué al Congo, lo primero que hice fue buscar los resultados de tan brillante programa: 'amparo y acogida', 'iniciativa benéfica', 'esfuerzo práctico y sincero', para incrementar los conocimientos de los nativos y 'asegurar su bienestar'. Jamás había imaginado que los europeos fuesen capaces de establecer un gobierno en un país tropical sin construir un hospital; sin embargo, desde la desembocadura del Congo hasta su cabecera, aquí, en la séptima catarata, a una distancia de 1448 millas, no hay ni un solo hospital para europeos, y únicamente tres cobertizos para los africanos enfermos al servicio del Estado, que no son aptos ni para albergar un caballo. Estaba deseando ver hasta que punto los nativos habían adoptado el amparo y la acogida de la iniciativa benéfica de Vuestra Majestad y me llevé una amarga desilusión. Los nativos del Congo se quejan de que les han arrebatado sus tierras por la fuerza, que el Gobierno es cruel y arbitrario, y afirman que ni aman ni respetan al gobierno y su bandera. El gobierno de S.M. les ha embargado la tierra, quemado los poblados, robado sus propiedades, esclavizado a sus mujeres y niños, y cometido otros crímenes, demasiado numerosos para mencionarlos en detalle... los soldados y trabajadores del gobierno de S.M. llegan en gran cantidad, importados de Zanzíbar, a un costo de 10 libras por cabeza... a estos reclutas se los transporta en circunstancias aún más crueles que las empleadas en Europa para transportar el ganado»⁷*

⁶Ibíd.

⁷ WILLIAMS, G. W. & CASEMENT, Roger & CONAN DOYLE, Arthur & TWAIN, Mark (2010), *La Tragedia del Congo*, Ediciones del Viento, La Coruña. pp. 15-19. La publicación de este libro en castellano, que recoge testimonios de época, es fundamental para la comprensión de la temática. Dado que el aporte de Twain -*El soliloquio del rey Leopoldo*- es un *unipersonal* puramente literario, no lo incluiremos en esta reflexión.

A continuación Williams, un hombre de color que había conocido los horrores de la Guerra de Secesión americana, establecía doce puntos que expresaban acusaciones concretas contra Leopoldo II, como fomentar las luchas intertribales, la utilización de vicarios nativos para depredar y ejercer represalias, montar tribunales injustos y parciales, crueldad en las penalidades, importación de mujeres con fines inmorales -incluyendo razzias-, realizar un tráfico de esclavos propio, al por mayor y menor, distorsión total del Congo como país, etc. Un dato no menor es la denuncia de la connivencia de Leopoldo con el famoso explorador británico Henry Stanley, un inescrupuloso *condottieri* estafador de tierras cuyo sólo nombre provocaba escalofríos entre los sencillos nativos.

La carta de Williams terminaba con la petición a una convocatoria para crear una Comisión Internacional investigadora, a fin de esclarecer y acelerar el fin de la tragedia que «la monarquía sin límites» de Leopoldo II había impuesto en el Congo.

El irlandés Roger Casement (1864-1916), en su célebre informe presentado al gobierno británico, al visitar las distintas poblaciones del interior del Congo, constató en 1903 una disminución general de los habitantes respecto a su anterior viaje de 1887.

«Las razones que me dieron para explicar este descenso fueron siempre las mismas: la enfermedad del sueño, una mala salud generalizada, insuficiencia de alimentos, y los métodos empleados por los oficiales locales para hacerlos trabajar, además de los impuestos que les exigían los soldados del Estado.»⁸

En otra parte del informe señala: *«el enorme descenso de la población, las aldeas sucias y mal conservadas, y la ausencia total de cabras, ovejas y aves de corral -que en su día abundaban en este país- deben atribuirse, por encima de todo lo demás, al esfuerzo continuo realizado durante muchos años para obligar a los nativos a explotar el caucho. Grandes cuerpos de tropas nativas habían estado acantonados en el distrito, y las medidas punitivas tomadas con tal fin se habían prolongado durante un período considerable. En el curso de dichas operaciones se perdieron muchas vidas, y me temo que, además, se practicaba la mutilación general de los muertos, como prueba de que los soldados habían cumplido con su deber.»⁹*

Pero las mutilaciones también se realizaban en vida. Casement menciona el caso de un joven al cual le arrancaron ambas manos a golpes con la culata de un rifle, y otro, el de un chico de doce años al que le habían cortado

⁸ *Ibidem.* p. 51.

⁹ *Ibidem.* p. 62.

la mano derecha por la muñeca. A quienes no pagan los impuestos en tiempo y forma se les arresta sin juicio, y se les obliga a trabajos forzados, acompañados de castigo corporal individual. Aldeas enteras «rebeldes» a los impuestos eran destruidas y sus habitantes deportados; como la población disminuía crecientemente, la presión impositiva ejercida sobre los aborígenes era insostenible.

A la población empleada se les pagaba con regularidad, generalmente tres pedazos de alambre de cobre de aproximadamente 25 centímetros de largo, cuyo valor moneda les permitía, en teoría, comprar provisiones en las aldeas a lo largo del río, pero en los hechos los nativos habitualmente no tenían casi nada comestible.

Las compañías explotadoras de caucho no tenían escrúpulos; conformaban su propio ejército con una buena provisión de fusiles y cartuchos. Ello era importante por la forma en que se mensuraba el trabajo de los nativos.

«La cantidad de caucho se controlaba por el número de armas - afirma Casement-, en todas partes se lleva la cuenta según las armas: Cada vez que el cabo sale a recoger el caucho, se le entregan cartuchos. Debe devolver todos los que no haya usado, y por cada uno usado debe traer una mano derecha... a veces utilizan un cartucho para cazar un animal, y entonces le cortan la mano a un hombre vivo. Para ilustrar hasta qué extremo llegó este asunto, el Estado, en el río Momboyo, había utilizado 6 mil cartuchos, lo que significa que 6 mil personas han muerto o han sido mutiladas. O más de 6 mil, porque me han contado que en repetidas ocasiones los soldados matan a los niños utilizando la culata de sus armas.»¹⁰

Para que la recolección de caucho -un esforzado trabajo realizado por los hombres- se hiciera de manera rápida y eficaz, se arrestaban y mantenían encerradas a las mujeres, como rehenes para que sus maridos, ansiosos de recuperarlas y de que volvieran a casa, trajeran el caucho prontamente y sin escatimar la cantidad. Habían muchas *maison des otages* (casa de rehenes) en el territorio del Estado Independiente del Congo. Cuando no se les exigía a los aborígenes que entregasen caucho, se les pedía mano de obra; los poblados que no cumplían con este «impuesto» eran castigados severamente. Semejante conducta comenzó a provocar la rebelión de los nativos.

Según Casement, las represalias contra los motines se conducían de un modo incompatible con el punto de vista europeo. En la represión, los nativos temían más a los soldados negros que a los propios blancos. Como en todo

¹⁰ *Ibidem.* p. 86. Los mayores excesos corrían a cargo de los *capangas* de la *ABIR* (*Anglo-Belgian Indian Rubber*)

mecanismo colonial, la eficacia del mismo estaba asegurada por el empleo de nativos que controlaban y castigaban a su propia población, a cambio de tener privilegios. Con un exceso de celo frente a los patrones blancos, la fuerza policíaca vernácula asesinaba brutalmente a mujeres, niños y ancianos no combatientes. Un párrafo del informe es terriblemente revelador: «*Habíamos visto canoas, que regresaban de realizar expediciones en lugares lejanos, sin ningún blanco al mando, con manos humanas colgando de un palo situado a proa de la embarcación o en pequeñas cestas, que llevaban a los blancos como prueba de valor y entrega al deber...*».¹¹

Los casos detallados por Casement, en su gira por las localidades del Congo, de abusos por parte de las fuerzas militares y policiales -mutilaciones, azotamientos con un látigo llamado chicote, toma de rehenes, vejaciones, etc.- ocupan páginas y páginas de su informe, hasta ser ominosamente reiterativo. Ciertamente no constata que haya hombres blancos entre los vigilantes y represores: los oficiales europeos eran pocos y estaban en el entrenamiento, enclaves estratégicos o cuidando las administraciones generales. Pero los nativos que masacraban a otros nativos lo hacían bajo estrictas directivas de sus superiores blancos.¹²

Arthur Conan Doyle (1859-1930), el reconocido escritor escocés, autor del célebre personaje de Sherlock Holmes, escribió una excelente -e interesada- semblanza titulada *El crimen del Congo*. Allí sostiene que frente a realidades históricas concretas, como la expropiación de Inglaterra por los normandos o la de Irlanda por los ingleses, la masacre de pueblos sudamericanos por españoles o naciones sometidas por los turcos, la mezcla de expropiación y

¹¹ *Ibidem*, pp. 165, 188-189. Resta decir que Casement fue un patriota irlandés. Se retiró del servicio colonial en 1912 y, al estallar la Primera Guerra Mundial, fue a Alemania a pedir ayuda por la libertad de Irlanda. No consiguió armar una Brigada Irlandesa que luchara contra Inglaterra, pero participó en el gran alzamiento irlandés contra la opresión británica en 1916, desembarcando de un submarino alemán e integrándose a la sublevación. Fue descubierto, apresado y ahorcado en agosto de 1916 - a pesar de los pedidos de clemencia de Conan Doyle y Bernard Shaw-, puesto como escarnio por los ingleses como «traidor y pederasta». Su vida motivó la novela de Mario Vargas Llosa *El Sueño del Celta*.

¹² En setiembre de 1903, una circular prohibió expresamente que los soldados armados con rifles salieran del servicio sólo al mando de suboficiales negros; los abusos y las aberraciones habían llegado a tal punto que debieron ser admitidas, de allí en más las patrullas debían estar al mando de un europeo, lo cual no necesariamente se cumplía en todos los casos. Conan Doyle apunta el testimonio del reverendo John Howell, quien encontró a soldados nativos del gobierno belga que mutilaban los cadáveres de los que acababan de asesinar, bajo la atenta mirada de dos oficiales blancos.

masacre vestida hipócritamente de filantropía que presenta el Estado Independiente del Congo es «el crimen más grande conocido en los anales de la humanidad».

Cuando Stanley regresó en 1878 de su célebre aventura de descubridor del África profunda, el rey Leopoldo lo contrató como agente empresarial: debía abrir el Congo al comercio, consiguiendo que los nativos colaboraran en la construcción de un nuevo Estado. Doyle considera que Stanley era honesto en sus intenciones, lo cual puede ser muy discutible, pero no interesa tanto remarcar la eficaz labor del explorador y empresario inglés en apoyo del rey belga, sino el contraste entre su juicio y la realidad. Stanley sostenía que el sentimiento que animaba al monarca era la filantropía, pues era «un soñador», ya que «al no conllevar su empresa dividendo alguno, tenía un sentimiento ardiente, vivificador y expansivo para iluminar con el brillo de la civilización los lugares oscuros de la triste África.»

Al respecto apunta Doyle: «cuesta dejar pasar estos extractos sin comentar que la población de Bolobo, el primer lugar mencionado por Stanley, se ha reducido de 40 mil a 7 mil personas, que Irebu, la populosa Venecia del Congo según Stanley, tenía en 1903 una población de cincuenta personas, que, según el cónsul Casement, los nativos que solían seguir a Stanley suplicándole comerciar ahora huyen a la selva cuando se acerca un barco de vapor, y que el sentimiento de generosidad del rey Leopoldo II ha producido unos dividendos anuales del 300 %.»¹³

En absoluto desprecio del Tratado de Berlín, el Estado se autoproclamó el único terrateniente y único comerciante, reforzando el control sobre la tierra y los recursos, expulsando o desanimando a comerciantes independientes, sean alemanes, ingleses o franceses o los mismos belgas. No se podía permitir que los nativos usaran en beneficio propio o vendieran cualquier porción de caucho o marfil extraído del territorio del EIC. El caucho recolectado por los nativos sólo podía venderse al Estado, en condiciones leoninas y bajo la presión y amenaza real y efectiva de los «vigilantes del caucho» al servicio del Estado, es decir de la empresa particular de Leopoldo.

Un joven inglés, Mr. Glave -cuyo testimonio es citado por Doyle- tiene palabras que lo sintetizan todo, ante la horrorosa visión de los castigos, asesinatos y disturbios: «todo esto es consecuencia natural de la dura y cruel política del Estado, que quiere arrancarle el caucho a esta población sin pagar nada a cambio.»¹⁴

¹³ WILLIAMS, G. W. & CASEMENT, Roger & CONAN DOYLE, Arthur & TWAIN, Mark (2010), *op. cit.* p. 219.

¹⁴ *Ibidem.* p. 250.

El padre Vermeersch, sacerdote jesuita belga, publicó un libro, *La Question Congolaise*, donde denuncia lo sucedido en el EIC. El diputado católico y monárquico italiano Santini, líder del movimiento anticolonialista, habló en el Parlamento de su país en 1907: Y *Le Patriote*, el diario católico de Bruselas, el 28 de febrero de 1907 publica en su editorial: «el recuerdo de los hechos (del Congo) permanecerá grabado en la memoria de los hombres y en la memoria de la venganza divina. Tarde o temprano los verdugos tendrán que rendir cuentas ante Dios y ante la historia.»¹⁵

Como se adelantó, la opinión pública europea, particularmente británica, conmovida por estos testimonios, presionó internacionalmente a la monarquía leopoldina. Por iniciativa del diputado socialista belga Emile Vandervelde, se creó una Comisión Investigadora independiente, que confirmó las denuncias de Casement y otros testigos. Pero Leopoldo formó su propia comisión de funcionarios que, antes que la independiente presentara su informe, se anticipó con un relato fraguado que negaba todo abuso.

Revisión actual del genocidio congoleño

En 1998, un libro conmovió al mundo académico y periodístico de alta divulgación, al poner una vez más sobre el tapete, con documentación y argumentos convincentes, la gestión leopoldina en el Congo, elevándola a la categoría de genocidio. Su autor, el norteamericano Adam Hochschild, nacido en 1942, era un escritor y editor reconocido por su labor *anti-apartheid* en Sudáfrica y contra la guerra de Vietnam. Su obra *El fantasma del rey Leopoldo* fue premiada en Inglaterra y los Estados Unidos.¹⁶

Este enjundioso estudio sigue los pasos de Henry Stanley en Africa y su conexión con el egoísmo y avaricia del rey de Bélgica. Según Hochschild, Stanley solía dar de latigazos a los portadores africanos, obligándolos a marchar enfermos y extenuados, hasta que muchos caían muertos. Sus hombres tenían los últimos rifles de repetición, y no vacilaban en usarlos contra las poblaciones locales que se animasen a rebelarse en defensa de sus tierras.

Ambos -el explorador inglés y el monarca belga- usaron la excusa del tráfico de esclavos de los árabes de la costa de Zanzíbar para fundamentar el

¹⁵ *Ibidem*. pp. 338-339. En general, la Iglesia Católica guardó silencio frente a los sucesos del Congo.

¹⁶ HOCHSCHILD, Adam (1998), *King Leopold's Ghost: A Story of Greed, Terror and Heroism in Colonial Africa*, Houghton Mifflin Company, New York. Existe traducción española publicada por Península, Barcelona 2007.

establecimiento del Estado Independiente del Congo. En definitiva, una excusa típicamente europea de la época, para reemplazar un área de influencia por otra. Leopoldo II estaba bien equipado para cumplir el deseo de Stanley de ejercer una generosa filantropía, excusa que le permitiera a este aventurero dirigir una fuerza que suprimiera los escollos al libre comercio en el África Central. Cuando este vasto territorio fue nombrado propiedad del rey el 29 de mayo de 1885, Stanley se transformó en el primer gobernador del EIC, procediendo «a robarle al pueblo su humanidad riqueza y tradición» (*heritage* en el texto inglés), pues tanto Leopoldo como Stanley veían que «África era una oportunidad para ganar movilidad ascendente hacia la riqueza y la gloria».¹⁷

Hochschild recupera aquellos personajes que desafiaron la autoridad de Leopoldo, como el ya mencionado G. Washington Williams, quien denunciara lo que vio en el Congo como robo y engaño -afirmando que el EIC era culpable de «crímenes contra la humanidad»-, quizá sin comprender que su concepto de «derechos de los africanos sobre tierras africanas» no significaban mucho por aquel entonces. Las acciones de Williams cambiaron muy poco la brutalidad de los maltratos ejercidos sobre los congoleños, y su temprana muerte en agosto de 1891 salvó a Leopoldo de lo que hubiera sido un oponente realmente embarazoso.¹⁸

Edmund Dene Morel (1873-1924), periodista y político socialista británico, es uno de los «héroes» de Hochschild. Morel observó que, desde la aduana de Amberes se enviaban al Congo armas, látigos, machetes e instrumentos de castigo, a cambio de recibir desde el continente goma del caucho y marfiles, y dedujo que este intercambio no se condecía con la proclamación de una zona de libre comercio portadora de progreso. Morel era un mercantilista clásico, que entendía que la mano de obra africana debía ser correctamente remunerada. Basta agregar que, con ayuda de Casement, publicó sus apreciaciones contra los excesos de Leopoldo en el *West African Mail*, consiguiendo motivar a la opinión pública europea; su influencia en la Resolución de Protesta sobre el Congo, en el parlamento británico en 1903, es contundente.

El papel del caucho en la tragedia congoleña recibe una amplia atención de Hochschild. El árbol del caucho es denominado «madera que llora» - *the wood that weeps* -: para cosechar suficiente caucho los africanos eran reclutados de acuerdo a cuotas asignadas que debían cumplir. El no cumplimiento significaba aplicarles el chicote, «un látigo de cuero de hipopótamo secado al sol, cortado a lo largo en tiras con filo».¹⁹ Por las torturas y abusos muchos

¹⁷ *Ibidem.* p. 63.

¹⁸ *Ibidem.* pp. 112-113.

¹⁹ *Ibidem.* p. 120.

perdieron sus brazos, narices, or ejas o piernas, o vieron a sus esposas detenidas y a sus hijos lanzados a la selva.²⁰ Resulta obvio que Hochschild se basa claramente en los informes de Williams, Morel y Casement, además de otras fuentes como testimonios históricos, novelas, biografías, archivos y datos estadísticos.

Como toda obra de envergadura, el libro de Hochschild presenta tantos méritos como falencias. Principalmente, campea en el escrito un exceso de clichés un tanto ingenuos, como señalar «la sed europea por tierra africana» o decir que «Stanley había encendido la gran carrera por Africa porque esa avidez estaba en el aire», etc. Tampoco es cierta la insistencia de que lo sucedido en el Congo entre 1880 y 1910 fue por mucho tiempo olvidado o postergado, ya que el propio uso que él realiza de fuentes y documentación, viejas y nuevas, demuestra que desde hace mucho se sabía lo terrible de la tragedia congoleña. Y no poco contribuyó la famosa novela de Conrad *The Heart of Darkness*, que se estudiará seguidamente. No obstante, esta nueva obra valiente y enfática sirve para reconsiderar y volver a reflexionar sobre uno de los peores episodios del colonialismo europeo contemporáneo. No es casual que Hochschild y su libro sean reflejados en un artículo titulado como la obra de Conrad.²¹

Más allá de los méritos y falencias del libro comentado, queda en pie el genocidio del pueblo congoleño. Un reciente informe de la BBC de Londres señala: «Ciertamente, hay pruebas convincentes para sugerir que Leopoldo II trató de ocultar la evidencia mediante la quema de los archivos del Estado Libre del Congo, una acción que sirvió para reducir el número de supuestos congoleños muertos de 20 a 30 millones a menos de 9 millones».²²

Al apuntar Hochschild que el «condado real secreto» de Leopoldo fue vendido al gobierno belga el 10 de mayo de 1904, afirma que dejaba detrás un amargo legado. Se estima que la población del Congo, entre 1880 y 1920, fue reducida a la mitad.²³ Hochschild apunta que, según Casement, tres millones de congoleños murieron entre 1888 y 1904.²⁴

²⁰ *Ibidem.* pp. 164-165. Respecto de este holocausto, Hochschild valora el actual accionar de *Amnesty* y otras instituciones de derechos humanos, ante el desencanto provocado por muchos partidos políticos, incluso de izquierda.

²¹ HOCHSCHILD, Adam (2005), «In the heart of darkness», *The New York Review of Books*, vol. 52, N° 15, 6 October.

²² «King Leopold II and the Belgian Congo», *BBC Homepage*, http://www.bbc.co.uk/dna/h2_g2/A_4429064 [05 de abril de 2012].

²³ HOCHSCHILD, Adam (1998), *op. cit.* p. 233.

²⁴ Las cifras actuales son mucho mayores. Cfr. especialmente el capítulo «Roger Casement's Congo report» en BURROUGHS, Robert M. (2010), *Travel writing and*

Incluso alguien no muy inclinado a la crítica del accionar de occidente como el escritor -y Premio Nobel- Mario Vargas Llosa escribe:

*«En febrero de 1885, catorce naciones reunidas en Berlín y encabezadas por Gran Bretaña, Francia, Alemania y los Estados Unidos, le regalaron a Leopoldo II, a través de la Asociación que él había creado para ello, todo el Congo, un inmenso territorio ochenta veces el tamaño de Bélgica para que lo abriera al comercio, aboliera la esclavitud y cristianizara a los salvajes... Durante un cuarto de siglo por lo menos el Congo fue desangrado, esquilado y destruido en una de las operaciones más crueles que recuerde la historia, un horror sólo comparable al Holocausto... Pero, a diferencia de lo ocurrido con el exterminio de seis millones de judíos por el delirio racista y homicida de Hitler, ninguna sanción moral comparable a la que pesa sobre los nazis ha recaído contra Leopoldo II y sus crímenes, al que muchos europeos, no sólo belgas, todavía recuerdan con nostalgia.»*²⁵

Literatura, eurocentrismo y criminalidad

Como consecuencia de las incursiones del «hombre blanco» en Asia y particularmente en Africa, surgió otro tipo de escritor. Ya no se trataba de pensadores, científicos, filósofos y juristas legitimadores del accionar imperial, sino de viajeros, misioneros y aventureros de todo tipo, algunos muy dotados literariamente, deseosos de brindar testimonio de sus experiencias en tierras lejanas, inhóspitas e incógnitas. Por supuesto que en muchos de ellos subyacía el interés, confeso o no, de afirmar la primacía del hombre blanco sobre los pueblos de color; el caso del poeta del Imperio inglés, Rudyard Kipling es sintomático.

Africa pasó a ser -para emplear un término en boga actualmente- la «otredad» absoluta respecto de las naciones denominadas occidentales, motivo y objeto de las propias proyecciones y fantasías europeas, como también lo fueron los pueblos araboislámicos en la vertiente «orientalista» de la literatura, el arte y la estética europeos. El misterio del «continente negro» motivó mu-

atrocities. Eyewitness accounts of colonialism in the Congo, Angola and the Putumayo, Routledge, New York. pp. 49-71. Hochschild estima diez millones de muertos bajo el dominio leopoldino. Peter Forbath, en *El Río Congo* (1977) fija la cifra en la mitad, cinco millones. En mayo de 2006, el parlamentario laborista británico Andrew Dismore presentó la moción de considerar genocidio a la cuestión del CEI y que Bélgica pidiera disculpas al pueblo congoleño.

²⁵ VARGAS LLOSA, Mario (2008), «La aventura colonial», *El País*, Madrid 28 de Diciembre.

chas de las obras maestras de novelistas como Julio Verne, Emilio Salgari y el iniciador del género novelístico «mundo perdido», Henry Ridder Haggard, que fascinaron a generaciones de jóvenes en todo el mundo. En una visión no muy alejada de connotaciones ruousseauianas, África era la tierra primitiva, que arrebatada, enamoraba y extraviaba al hombre civilizado en su anhelo fáustico.²⁶

Un claro exponente de la fascinación del África son las palabras de uno de los mayores escritores contemporáneos, el alemán Ernst Jünger, nacido en 1895 y muerto en 1998, poco antes de cumplir 103 años, testigo excepcional de su época. Oficial en ambas guerras mundiales, ensayista notable, crítico lúcido de la sociedad tecnomaquinista, Jünger en su adolescencia pretendió ingresar a la Legión Extranjera francesa por afán de aventura, experiencia que duró sólo tres meses, cuando su padre le rescató de los cuarteles argelinos (Jünger había mentado la edad, tenía menos de 18 años).

*«La palabra 'selva virgen' -escribe Jünger- encerraba para mí una vida a cuyo encanto no se resiste a los dieciséis años. Una vida dedicada a la caza, al pillaje y a los más extraños descubrimientos. Un día me invadió la firme convicción de que el paraíso perdido se hallaba oculto entre la maraña de mimbres del Nilo superior o del Congo. Y como la nostalgia de tales lugares es irresistible, empecé a forjar una serie de planes fantásticos sobre la mejor manera de llegar a la región de los grandes pantanos, de la enfermedad del sueño y del canibalismo».*²⁷

Pero corresponde a Joseph Conrad, uno de los mayores novelistas ingleses, que en realidad era polaco (Josef Teodor Konrad Nalecz Korzeniowski, 1857-1924) el mérito de haber escrito, entre sus varias obras maestras -como *Tifón*, *Nostromo*, y *Lord Jim*- una novela que ejemplifica de manera arquetípica la tragedia del colonialismo europeo en el África subsahariana, tanto como las propias proyecciones y preconceptos del hombre occidental. *El Comzón de las Tinieblas* es un libro que aún hoy día suscita emociones, controversias y debates, prueba de su valor literario y testimonial, constituyendo a la vez una denuncia y una muestra de la visión europea del África.

Conrad era contemporáneo del Verne tardío, de Salgari y de Ridder Haggard. Se dice que, en su infancia polaca, ya sentía la fascinación de este

²⁶ En la impactante novela *El Pueblo Aéreo*, de Julio Verne, un sabio alemán medio loco, el Dr. Johausen, se interna en la selva africana para estudiar *in situ* el lenguaje de los primates. Allí termina de enloquecer y es erigido rey de una tribu primitiva arbórea, con el nombre de *Mselo Tala Tala*. El Dr. Johausen preside las ceremonias rituales, mientras por las noches llena la selva de sonidos, interpretando en el órgano *El Cazador Furtivo*, de Carl María von Weber.

²⁷ JÜNGER, Ernst (1970), *Juegos Africanos*, Guadarrama. Madrid. pp. 8-9.

continente recién redescubierto, pues señaló en un mapa su parte central y apuntó: «cuando crezca iré allí». Al crecer, el escritor se convirtió en un eximio marino de espíritu inquieto y aventurero; en 1898 firmó en Bruselas un contrato con la Sociedad Anónima Belga para el Comercio en el Alto Congo, una de las muchas empresas de Leopoldo, contratado como capitán de uno de los pequeños vapores de la compañía, con la intención de permanecer tres años en el cargo.

Conrad se embarcó hacia Africa desde Burdeos, arribando a Boma y viajando de allí a Matadi, donde se encontró con Casement, con quien estuvo dos semanas en excelente relación. Cuando llegó a Kinshasa, después de una extenuante marcha de más de 300 kilómetros, se hizo cargo como segundo jefe del vapor *Roi des Belges*, cuya misión era recoger, en los confines del vasto dominio, a Georges Klein, considerado uno de los más eficaces agentes de la empresa, que estaba enfermo. Agotado y decepcionado por lo que había visto y experimentado en su aventura congoleña, Conrad regresó a Europa a fines de ese año 1890; no había permanecido en Africa más que seis meses.

Por otra parte y en honor a la verdad, Conrad no la pasó precisamente bien en su periplo congoleño, cosa normal para los europeos de entonces, que se adentraban en Africa por su cuenta y riesgo. En junio de 1890, al arribar a Matadi, comenzó su famoso *Diario*, que culmina con su llegada a Kinshasa en agosto. Hace mención de lo agradable e inteligente que es Casement, a quien frecuenta, y apunta «*la vida entre los hombres blancos aquí no puede ser muy comfortable...no estoy en buena forma, pero aún puedo caminar...Harou no está muy bien. Mosquitos, ranas, esto es insoportable, contento de ver el fin de esta estúpida encerrona. Me siento desgastado*». Luego de 35 días de viaje, 19 de ellos a pie, Conrad por fin llegó a Kinshasa.²⁸

Esta experiencia, si se quiere breve pero muy intensa, se plasmó en su famosa novela *El Corazón de las Tinieblas*.²⁹ El personaje central, Marlow, es un marino que pertenece a esa especie de «espumadores de mar de toda laya», para emplear una expresión de Carl Schmitt al referirse a la expansión oceánica británica. El personaje comienza haciendo una reflexión sobre el septen-

²⁸ NAJDER, Zdzislaw (Ed.) (1978), *Joseph Conrad. The Congo Diary and other Uncollected Pieces*, Doubleday, New York. pp. 7, 12, 14-15.

²⁹ *The Heart of Darkness* bien puede traducirse como «el corazón de la oscuridad», pero sin duda es mucho más sugestivo el título que hizo famosa a la obra: en todas las traducciones se conserva «tinieblas». Existen numerosas versiones en castellano, hemos utilizado la editada por Ediciones Nuevos Tiempos, Buenos Aires 2007, con traducción y un ilustrativo prólogo del Dr. Javier Barraza.

trión europeo en el mundo antiguo, cuando existía *«la sensación de un salvajismo extremo... la vida misteriosa y primitiva que se agita en el bosque, en la selva, en el corazón del hombre salvaje... Y hay en todo ello una fascinación que comienza a trabajar... la fascinación de lo abominable»*.³⁰

En aquellos tiempos, se ejercía el pillaje con violencia y el asesinato masivo, con absoluto desprecio por la vida humana: *«era la conquista de la tierra arrebatándose a quienes tienen la tez de color distinto o narices un poco más chatas que las nuestras, no es nada agradable si se observa con atención... lo único que la redime es la idea»*. Puede notarse en Conrad, como en la mayoría de los escritores que incursionan en este tipo de género, la fascinación por la fuerza y la desmesura. Pareciera que no ven tanto personas, situaciones, hechos u objetos, como esencialmente relaciones entre ellos, como un acontecimiento puramente estético. Conrad se acerca al Congo, entonces, con un claro preconcepto.

Apadrinado por una tía poderosa que le habla de la misión de «liberar a millones de ignorantes de su horrible destino» -mientras él piensa que a la compañía sólo le interesa su propio beneficio, Marlow es contratado y se embarca rumbo a su destino. Al llegar, lo primero que ve es *«seis negros... les podía ver todas las costillas. Las uniones de sus miembros eran como nudos de una cuerda, cada uno llevaba una cadena cuyos eslabones colgaban con un rítmico sonido»*. El trabajo continuo en la jungla los dejaba exhaustos, amontonándose inclinados, tendidos o sentados junto a los troncos de los árboles. *«Morían lentamente... eso estaba claro. No eran enemigos, no eran criminales, no eran nada terrenal, sólo sombras negras de enfermedad y agotamiento, que yacían confusamente en la tiniebla verdosa.»*

El encargado del establecimiento que recibe a Marlow es el retrato del perfecto burócrata. Impecablemente vestido, pulcro y acicalado, *«un maniquí de peluquería que, en la inmensa desmoralización de aquellos territorios conseguía mantener esa apariencia... eso era firmeza»*. Este sujeto le encomienda a Marlow la misión de encontrar al Sr. Kurtz, el agente de la compañía que está enfermo en la Estación Central, en el corazón de la jungla.

A medida que Marlow avanza hacia el interior, va encontrando cadáveres de negros ejecutados y algunos hombres blancos que regenteaban los puntos de gestión y recolección de las materias primas, particularmente del marfil. Eran comerciantes comunes, obedecidos a pesar que no inspiraban ni amor, ni

³⁰ Para no reiterar las páginas de donde están sacadas las citas textuales subrayadas del texto de Conrad -*El Corazón de las Tinieblas*, edición citada-, las señalamos ahora: pp. 23, 24, 36, 38, 40, 49, 50, 58, 62, 76, 97, 101, 112 y 114, en orden sucesivo.

odio ni respeto, rodeados de abulia, sopor y aire de muerte lenta. *«Todo en tan irreal como las pretensiones filantrópicas de la empresa, sus conversaciones, su gobierno, las muestras de su trabajo. El único sentimiento real en el deseo de ser destinado a un puesto comercial donde recoger el marfil y obtener el porcentaje estipulado».*

Todos hablaban del mítico Kurtz, al punto de resultar obsesiva esa figura ausente y omnipresente a la vez. Al preguntar Marlow quién diablos era Kurtz, se le responde: *es un prodigio, un emisario de la piedad, la ciencia y el progreso... Nosotros necesitamos, para realizar la causa que Europa nos ha confiado, inteligencia superior, gran simpatía, unidad de propósitos*. Kurtz aparecía como todo eso junto.

En una situación casi kaffiana, Marlow espera que arreglen su miserable y destartada barcaza de vapor para llegar hasta Kurtz, entonces ve una banda armada que regresa del interior de la selva con sus productos, *«un grupo temerario sin valor, voraz sin audacia, cruel sin osadía. Arrancar tesoros de las entrañas de la tierra era su deseo, pero aquel deseo no tenía otro propósito moral que el de la acción de unos bandidos que fuerzan una caja fuerte.»*

Resulta evidente, a medida que avanza el relato de Conrad, su decepción al confirmar empíricamente la terrible paradoja de la contradicción entre los postulados filantrópicos de los cuales se jacta la compañía y el cruel obrar de sus agentes y empleados, recortado sobre una naturaleza abrumadora. Al fin la barcaza está terminada y puede salir a buscar a Kurtz. *«Remontar aquel río era como volver a los inicios de la creación, cuando la vegetación estalló sobre la faz de la tierra y los árboles se convirtieron en reyes... Una corriente vacía, un gran silencio, una selva impenetrable».* A lo largo del viaje sólo oyó hablar del fantástico agente y su eficacia y diligencia en obtener más marfil que los demás con métodos no convencionales.

Otro dato que aporta Conrad refuerza lo informado por Casement: ante la aparición de la embarcación, los nativos emitían gritos desgarradores, gritos lamentosos, no agresivos ni feroces, *«que dejaban una impresión de irresistible tristeza... la contemplación del vapor había llenado a aquellos salvajes de un dolor desenfrenado».* Estos gritos eran aún mayores al hacer sonar la sirena del barco. Era la prueba concreta de que los vapores en el río significaban la represión y la razzia; la aparición de estos buques era la presencia de la muerte o algo peor.

Al final, Marlow llega a la Estación Central, donde lo recibe un joven marino ruso discípulo de Kurtz, a quien cuidaba en su enfermedad y admiraba desmesuradamente. Marlow se entera que aquel, además, era hijo de madre medio inglesa y padre medio francés y se había formado en Inglaterra, por lo

que «toda Europa participó en la educación de Kurtz». Había comenzado como un escritor, que recitaba poesía -incluso algunas propias-, que debía elevar un informe a cierta Sociedad para la Eliminación de las Costumbres Salvajes, pero había cambiado mucho desde su arribo al Africa. A menudo exploraba solo, se olvidaba hasta de sí mismo para conseguir el marfil y se había apoderado del país al lograr que la tribu le siguiera con veneración. Kurtz -quien también practicaba extraños rituales junto a una sacerdotisa nativa- tenía derecho de vida o muerte sobre quien quisiera.

Al llegar a la semiderruida estación, Marlow enfocó sus binoculares hacia la casa, deteniéndose en unos extraños adornos que contrastaban con el ruinoso edificio. *«En aquel momento pude tener una visión más cercana, y el primer resultado fue hacerme echar hacia atrás la cabeza, como si hubiese recibido un golpe... aquellos bultos redondos no eran motivos ornamentales sino simbólicos. Eran expresivos y enigmáticos, asombrosos y perturbadores... hubieran sido aún más impresionantes esas cabezas clavadas en las estacas, si sus rostros no hubiesen estado vueltos a la casa... sólo una miraba hacia mi... dormitando en la punta de un poste, con los labios contraídos y secos, mostrando la estrecha línea de la dentadura. Sonreía, sonreía continuamente en un interminable y jocoso sueño».* La magnífica prosa de Conrad consigue su propósito, impactar al lector más avezado.

Así que estos eran los métodos del civilizado Kurtz para mantener su dominio. *«La selva había logrado poseerlo pronto y se había vengado en él de la fantástica invasión de que había sido objeto».* Kurtz llega en camilla al barco, acabado, *«lastimoso, descarnado, como una imagen animada de la muerte tallada en marfil»*, pero aún poseía una voz profunda, que conmueve a Marlow: *«Qué voz, profunda, vibrante, a pesar que el hombre no parecía emitir sino un murmullo... Tanto el amor como el odio luchaban por la posesión de esa alma saciada de emociones primitivas, ávida de gloria falsa, de distinción fingida y de todas las apariencias de éxito y poder. Observé sobre su rostro de marfil la expresión de sombrío orgullo, de implacable poder, de pavoroso terror, de una intensa e irremediable desesperación... Gritó en un susurro a alguna imagen, a alguna visión, gritó dos veces un grito que no era más que un suspiro: Ah, el horror! El horror!»* Fueron las últimas palabras de Kurtz.

Como es bien sabido, la novela de Conrad es el argumento base del film *Apocalypse Now*, dirigido por Francis Ford Coppola, con Martin Sheen en el papel de Marlow, y un estupendo Marlon Brando en el rol de Kurtz. Sólo que la película no está ambientada en el Congo, sino durante la guerra del Vietnam. La vacuidad y el absurdo de la violencia gratuita y descontrolada -personificada en el ataque helitransportado del oficial representado por Ro-

bert Duvall-, culmina en aquel remoto lugar, más allá de la base avanzada norteamericana, que es el dominio del coronel Kurtz y sus métodos terroristas.

Sheen llega hasta Brando en una lancha armada, con la misión de matarlo, pues al igual que el Kurtz de Conrad, ha desobedecido las normas y el mandato de sus superiores. La escena del arribo repite los párrafos ominosos y el paisaje de muerte descritos en la novela conradiana. Finalmente, consigue matar a Kurtz, pero reemplazándolo como líder de los nativos, en una escena que remite al rey de los sacrificios, de la obra *The Golden Dawn* de Frazier, que Kurtz conserva entre sus pertenencias. El film termina con las palabras *the horror!, the horror!*

Por supuesto que Kurtz existió, aunque sin ese nombre. En 1895, un explorador y periodista británico llegó a los saltos descubiertos por Stanley, y se encontró con un individuo, mezcla de jefe local y hombre de ciencia, llamado Leon Rom. En su informe el explorador señala que, en una expedición punitiva contra rebeldes africanos, «veintiún cabezas traídas de las cataratas fueron usadas por el capitán Rom como decoración alrededor del frente de su casa».³¹

Quién es, en definitiva, Kurtz? Lo que la lectura de Conrad y la visión de Coppola sugieren es que ese personaje no es ni más ni menos que aquel que ha comprendido cómo actuar en un mundo horroroso. Kurtz es el que *sabe* como actuar. Pero, a la vez, representa la sumersión en los instintos atávicos más brutales y los estadios más primitivos del ser humano, pese a proceder de un entorno civilizadísimo. Es el ejemplo del avance hacia la barbarie, es decir el retroceso de occidente a la crueldad del albor de la historia. La civilización puede ocultar pero no suprimir la barbarie.

Al respecto, *El Corazón de las Tinieblas* es un alegato formidable, en lo que tiene de relato testimonial con personajes reales con otros nombres, empezando por Marlow, es decir Conrad mismo. No obstante, es importante bucear en la propia concepción del escritor, su mundo de valores, proyecciones y condicionamientos, porque su obra sigue siendo motivo de estudio y discusión.

Chinua Achebe es considerado uno de los pilares de la literatura africana moderna. El sostiene desde hace tiempo -en una postura que tiene seguidores y detractores- que Joseph Conrad evidencia una visión racista del Africa.³²

³¹ HOCHSCHILD, Adam (1997), «Mr. Kurtz, I presume», *The New Yorker*, April 7.

³² En 1975, en una visita a la Universidad de Massachussets, Achebe presentó una ponencia titulada «*An Image of Africa: Racism in Conrad's Heart of Darkness*», posteriormente transformada en artículo para la *Massachusetts University Review* N° 18,

Achebe lo ve a Conrad burlándose del paisaje africano y de sus habitantes. Compara el «buen río Támesis que en el pasado era oscuro» -al comienzo de la famosa novela conradiana- con el «mal río Congo en un lugar oscuro», un curso de agua sobre el cual el vapor trabajosa y lentamente avanza «en el borde de un negro e incomprensible frenesí...nos maldecía, nos imprecaba, nos daba la bienvenida el hombre prehistórico?»

De acuerdo a Achebe, los largos y obsesivos renglones de Conrad son sólo trucos (*trickery*) diseñados para inducir un estupor hipnótico en el lector. Para Conrad «esa gente es fea (*ugly*), pero más preocupante es que de alguna manera también son humanos», y así lo manifiesta al enfocar a distintos personajes nativos en su novela. Achebe recuerda al crítico inglés Leavis, quien hace muchos años notó que la insistencia adjetival (*adjectival insistentes*) y acumulativa de Conrad sugería que para éste Africa era inexplicable. El personaje central, Marlow -en fin, Conrad-, ve a este continente como un *inconceivable mystery, monstrous passions, unspeakable secret*.³³ Por ende, Achebe sostiene que para Conrad el Africa es «el otro mundo», la exterioridad absoluta respecto de Europa.

Si la intención de Conrad es trazar un «cordón sanitario» entre él y la maldad psicológica de su narrador, es una actitud desperdiciada -según Achebe- porque él evita insinuar de manera clara un cuadro de referencia a través del cual podamos juzgar las acciones y opiniones de sus personajes. Es decir, Conrad aprueba a Marlow. Africa se presenta como un telón de fondo que elimina al africano como factor humano incorporándolo al escenario estético. Para Achebe, Conrad es un hombre obsesionado por la palabra *nigger* (muy despectiva en relación a *black*); tiene una admiración por la piel blanca, pero también por el físico del negro.

Testimoniando su primer encuentro con una persona de color, señala Conrad: «Un enorme macho negro (*buck nigger*) que encontré en Haiti fijó mi concepción de la ciega, furiosa, irrazonable violencia que se manifiesta en el animal humano hasta el fin de mis días. El negro ocupó después mis sueños por años». Contrariamente, cuando a los 16 años este polaco encuentra su primer británico en Europa, lo llama «mi inglés inolvidable...con el esplendor de su condi-

1977. Su principal opositor fue Cedric Watts, profesor de Sussex, en su ensayo «A Bloody Racist: About Achebe's View of Conrad», en el *Yearbook of English Studies* 13, 1983, pp. 196-209.

³³ LEAVIS, F. R. (1950), *The Great Tradition. George Eliot, Henry James, Joseph Conrad*, Cambridge University Press.

*ción marmórea y su rico tono de marfil joven, la luz de sus largos cabellos, su rostro iluminado y sus ojos triunfantes».*³⁴

Resulta sintomático que, en cierto modo, Conrad se emparenta aquí con ciertos juicios de Morel. Hochschild en su libro valora y defiende la conducta de Morel en su lado positivo, pero apunta algo curioso: su creencia de que los hombres africanos tienen más empuje sexual que los blancos y pueden constituirse en un peligro para la mujer blanca. La actitud de Morel se puso de manifiesto con su protesta en 1920, contra el uso por Francia de soldados negros en la ocupación del Ruhr alemán. El impactante artículo de Morel - «Maldición negra en Europa: horror sexual liberado por Francia en el Rin»- apareció entonces en uno de los principales diarios ingleses, el *Daily Herald*.

En cuanto a la respuesta de Watts a Achebe, también es polémica. Para el profesor de Sussex, Achebe debería considerar que *Heart of Darkness* aparece en 1899, cuando la reina Victoria estaba en su apogeo y el imperialismo inglés estaba en su cenit, iniciando la guerra contra los bóers. Achebe pone a Conrad «fuera de contexto al acusarlo de miope y paternalista», y al condenar su novela como inhumana y liberal ha redefinido el liberalismo como racismo, «no haciendo distinción entre Leopoldo y Conrad, ambos son sangrientos racistas».

Watts llega más lejos, al afirmar que el criticismo de Achebe adolece de los mismos prejuicios que le asigna a Conrad, motivado por el resentimiento hacia el modo en que este escritor establece el nexo entre africanos y europeos, en la creencia de que los primeros son colocados en detrimento respecto de los segundos. Watts dice sin ambages: «Achebe es negro y yo blanco», apuntando que, tras la crítica literaria del africano, existe una posición política, dirigida directamente al *White American Establishment*, la audiencia de la Universidad de Massachusetts. Todo ello -las afirmaciones de Achebe y Watts- resulta en una evidencia más que el *desencuentro* entre las culturas occidental y africana no es un capítulo todavía superado.

El trasfondo real del debate sobre el crimen del Congo

Los belgas de Leopoldo ensayaron en su momento una serie de excusas ante las acusaciones sobre su proceder en África; la mayoría no son atendibles.

³⁴ *Out of Africa*. Entrevista de Caryl Phillips a Achebe en *The Guardian*, Saturday 22 February 2003. Achebe, un estudioso de Conrad, no aclara en el reportaje de donde extrae esas afirmaciones.

Por ejemplo, que la mayor causa de muerte en la población era la «enfermedad del sueño», un mal que capturó la imaginación colonial al punto de descuidar la salud de los nativos. El Dr. Lyons ha demostrado que la explotación económica unida al sistema represivo colonial, en el Congo primero y el Zaire después, introdujo nuevas enfermedades y exacerbó las antiguas.³⁵

Fue Conan Doyle quien se encargó de glosar esas disculpas y responderlas. Una de ellas era que «la colonización del Congo francés era igualmente mala pero allí no existían interferencias foráneas». La respuesta de Conan Doyle no es muy convincente: «normalmente, el sistema colonial francés ha sido excelente». Otra de las excusas apuntaba a que las denuncias formaban parte de un complot de los comerciantes de Liverpool. Conan Doyle contesta significativamente: «de hecho, todos los hombres de negocios ingleses tienen razones para actuar contra un sistema que los ha marginado de un país que por tratado (de Berlín) fue declarado abierto al comercio internacional». Los belgas señalan que las acusaciones británicas no empezaron hasta que el Congo se convirtió en un Estado floreciente. Conan Doyle: «dado que la riqueza del Congo proviene de este bárbaro sistema, es natural que ambas cosas atraigan la atención al mismo tiempo».³⁶

Pero lo más interesante es que Conan Doyle sugiere que, dado que la explotación del caucho no se redujo con el traspaso del dominio leopoldino al Estado Belga, las circunstancias no deben haber cambiado demasiado. Entonces tiene una propuesta sintomática: no se puede encontrar una solución a través de Bélgica, puesto que «*los belgas, en 25 años de posesión continua, han desencadenado un infierno en la tierra... lo hizo un rey belga, con soldados, financieros, abogados y capitales belgas, y refrendada por un gobierno belga*». Pide entonces que Estados Unidos -el primero en reconocer al EIC en 1884-, pero sobre todo Gran Bretaña, convoquen a un Congreso Europeo para plantear la *división del Congo*.

En este modelo, Francia extendería sus fronteras para gobernar tierras congoleñas, «de la manera excelente que lo hace en su imperio africano», y Alemania ampliaría su protectorado del Africa Oriental hacia la ribera este del río homónimo. El autor del personaje de Sherlock Holmes se apura a señalar que, si las potencias se niegan a reunirse, entonces «*será nuestro deber hacernos cargo en solitario de una situación que debería ser tarea común, lo hemos hecho*

³⁵ LYONS, Mayinez (1992), *The Colonial Disease: A Social History of Sleeping Sickness in Northern Zaire 1900-1940*, Cambridge University Press.

³⁶ WILLIAMS, G. W. & CASEMENT, Roger & CONAN DOYLE, Arthur & TWAIN, Mark (2010), *op. cit.* pp. 363-367.

antes y lo volveremos a hacer si queremos ser dignos de nuestros ancestros. Habría que realizar una advertencia, fijar una fecha y luego decidir cuál será nuestro curso de acción... Si Bélgica decide luchar, que así sea. Hay muchas maneras de poner de rodillas al Estado Libre del Congo... sería sencillo declararlo Estado ilegal.»³⁷

Está muy lejos -nos preguntamos- la propuesta de Conan Doyle de los actuales postulados de *guerra humanitaria* contra los denominados Estados canallas, los *rogue states* puestos fuera de la ley por el *Sistema de Seguridad Colectivo*? Este escritor exhorta a los Estados Unidos e Inglaterra a la intervención por *motivos humanitarios*, concepto que actualmente impulsa las típicas guerras del pacifismo contemporáneo, ocultando la más cínica y desembozada explotación de pueblos y países detentores de recursos estratégicos escasos por parte de las potencias y transnacionales.

Hochschild apunta que las denuncias sobre los excesos del método colonial belga no se hicieron igualmente contra el sistema francés, inglés o alemán, que también cometieron crímenes, ni repararon en los excesos cometidos en otras partes de África, la India, o el resto de Asia y Oceanía. Se cebaron en Bélgica porque no era una potencia como las otras. Quizá el único argumento real, entre las excusas belgas, haya sido que el intervencionismo y las denuncias contra su administración en el Congo por parte de las demás potencias coloniales, ocurría porque, en ese club, Bélgica era la más débil.

No pocos de los crímenes cometidos por los belgas en el Congo los repitieron contemporáneamente los ingleses en Sudáfrica, cuando la guerra anglo-bóer entre 1899 y 1902: fusilamientos, deportaciones, quema de aldeas, toma de mujeres y niños como rehenes, inauguración del sistema de campos de concentración, abandono de población civil a las inclemencias y enfermedades, etc.³⁸

Conan Doyle no pone el mismo celo en denunciar los excesos británicos como lo hace con los belgas. Al contrario. Su libro sobre el conflicto anglo-bóer finaliza: *«aquí se demostró cuán profunda fue la convicción de la nación (británica) que la guerra no sólo era justa sino fundamental, porque la posesión de*

³⁷ *Ibidem*, pp. 369-ss. Para redondear su propuesta, Conan Doyle apunta que el ferrocarril desde Rhodesia del Norte avanza hacia el Congo, y los anglo-bóers de África del Sur se dirigen a la frontera de Katanga: «no son hombres que acepten se les niegue el derecho de entrada y libre comercio que de hecho tienen garantizados».

³⁸ Recomendamos al respecto el libro de CHANGUION, Louis & JACOB, Frick & ALBERTS, Paul (2003), *Suffering of War. A photographic portmoyal of the suffering in the angloboer war*, Kraal Publishers, Bloemfontein.

*Sudáfrica y la unidad del Imperio estaba en peligro... el instinto más profundo de la nación señalaba que se debía vencer o abdicar para siempre de su posición en el mundo».*³⁹

Uno de los argumentos de fondo de las denuncias de los abusos de la administración belga en el Congo es que éstos ocurrían en el Dominio privado de un monarca. Es decir que no estaba «institucionalizado» desde el punto de vista de un incipiente sistema internacional consagrado en la Conferencia de Berlín. Se trataba, en el fondo, del desplazamiento de la soberanía de un feudo privado por la de una potencia imperial. De allí que la «venta» del EIC al gobierno belga fuera inevitable, como argumentaban los políticos de Bruselas.

Tomemos el caso de Cecil Rhodes (1853-1902), un empresario y político británico que se adelantó a su época con su concepto de que el dinero es poder, y que sabía que para obtener riquezas e implantar industrias en Africa había que apurarse a pleno ritmo, ocupando terreno antes que otros lo hicieran. Fue Rhodes quien inauguró la «carrera por Africa», y quiso que ésta fuera ganada por el Imperio al cual servía. En efecto, dicho continente se convirtió, en la segunda mitad del S. XIX en el escenario de un nuevo imperialismo impulsado por la adquisición de tierras, la demostración de poder y la determinación de llegar antes en esa «puja por Africa», que los victorianos interpretaron bendecida como empresa divina.⁴⁰

El oro y los diamantes eran a Sudáfrica el equivalente del caucho en el Congo. Los ingleses no podían tolerar que, ante semejante abundancia de metales y piedras preciosas, hubiera cincuenta mil holandeses en posesión de las tierras donde se encontraban esas riquezas. Esa fue la causa medular de la guerra anglo-bóer. Rhodes creó la *British South Africa Company* para adquirir el control de la zona, y la compañía De Beers, que llegó a tener la casi totalidad de la explotación de diamantes y aún hoy explota más de la mitad de la producción regional. Rhodes fundó un Estado, Rhodesia -actualmente dividido entre Zambia y Zimbawe-, siempre al servicio de la *City* londinense. La diferencia de fondo entre Rhodes y el rey Leopoldo era que el primero estaba «institucionalizado», y sus espaldas protegidas por el mayor Imperio de entonces.

El concepto de genocidio tiene múltiples acepciones, pero si las tomamos en conjunto presentan un común denominador. Si consideramos, entre

³⁹ CONAN DOYLE, Arthur (1904), *The Great Boer War*, Thomas Nelson & Sons, London. p. 550.

⁴⁰ Al respecto Cfr. NEWSOME, David (2001), *El Mundo según los Victorianos*, Andrés Bello, Sgo. de Chile. pp. 156-157.

los distintos especialistas y sus concepciones del genocidio, la exhaustiva definición de Walliman y Dobrowski -»la destrucción deliberada y organizada de un grupo total o parcial por un gobierno o sus agentes, no sólo por asesinato masivo sino también mediante deportaciones forzosas, violación sistemática y explotación económica»⁴¹-entonces el dominio del rey Leopoldo II sobre el Congo constituyó claramente un acto de genocidio. Pero también lo fue la conducta del Imperio británico en la India y del Imperio francés en Argelia.

Los genocidios más reconocidos e identificables, los cuales son permanentemente tratados, son la Shoa y el provocado por el estalinismo. Más atrás vienen el genocidio armenio y el sufrido por los pueblos originarios de América. En el caso del nazismo, en el proceso germano de «nacionalización de masas», el hebreo no entraba en este fenómeno político cuasi religioso: actuaba como contraimagen y era preciso suprimirlo. Es decir que el hitlerismo se atrevió al aniquilamiento racial de *judíos europeos*. En el estalinismo, el triunfo aliado en la Segunda Guerra Mundial no hubiera sido posible sin la cuota de sangre y material de la Unión Soviética, por lo que los anglosajones hicieron la vista gorda al *aniquilamiento social* de los opositores, como los *kulacs*, lo que los marxistas han considerado, ligeramente, «un error doctrinario».

En el caso de las potencias coloniales, con el Congo de Leopoldo a la cabeza, la masacre de africanos y asiáticos, según el caso, no era un problema para un occidente teñido de racismo, eran simplemente «negros, indios y amarillos», pueblos lejanos e inferiores frente a «la pesada carga del hombre blanco» (Kipling). Entonces porqué tantos libros y debates sobre el genocidio colonial en los últimos veinte años?

Luego del fin del segundo conflicto mundial, el proceso de descolonización fue muy doloroso en países como Bélgica y Francia, no tanto para Gran Bretaña, que lo hizo de manera más planificada y menos traumática. Igualmente, todos enfrentaron operaciones de guerra de guerrillas, con la represión correspondiente, y volvieron por sus fueros los excesos de la época colonial. Posteriormente, el fin del bipolarismo y la liquidación del orden de Yalta devolvieron a Europa un protagonismo del cual no gozaba desde 1945. El genocidio ocurrido en el propio interior del Viejo Continente, con la crisis balcánica y la operación combinada contra la Serbia de Slobodan Milosevic, a principios de los 90 del pasado siglo, demostró que los europeos no estaban preparados para una política independiente, yendo a la zaga del capofila de la OTAN, los Estados Unidos.

⁴¹ Un excelente estudio sobre las distintas concepciones de genocidio y sus autores en JONES, Adam (2006), *Genocide, A comprehensive introduction*. Routledge, New York.

Por otra parte, la «invasión pacífica» de los pueblos de las excolonias hacia las antiguas metrópolis, un proceso de larga data pero cada vez más acentuado, presentó la «alteridad» de los ex-colonizados como cosa cercana y cotidiana. La lectura de la pintura africana de Conrad que puede realizarse en el mundo poscolonial de fines del S. XX y principios del XXI, nada tiene que ver con la presunta descripción de pueblos extraeuropeos incivilizados y exóticos, tal como se presentaba a fines del S. XIX.

Estas circunstancias conjuntas terminaron definitivamente con cualquier visión eurocéntrica que aún restara. Desde las alturas de una vida cómoda y rica -más allá de problemas económicos circunstanciales- la *mala conciencia* de Europa, el continente que dominara la escena internacional desde el descubrimiento del Nuevo Mundo hasta la Segunda Guerra, se plasmó en la más dura de las autocríticas. Era lógico que a la *Historikerstreit* sobre el pasado alemán, y al revisionismo ruso sobre el período estalinista, al finalizar el bipolarismo, le siguiera la crítica de los grandes Imperios coloniales. Y es notorio que se relacione, traspolando hechos, el pasado colonial con los genocidios «consagrados».⁴²

La historia, tal como se enseña en los colegios belgas y se muestra en el Real Museo del Africa Central de Bruselas en la actualidad, suprimió toda mención del holocausto congoleño. Con el comienzo de la Primera Guerra Mundial fue importante para los Aliados suscitar simpatías por Bélgica, como un pequeño país ocupado por la Alemania del Káiser. Como logro de la propaganda británica, los alemanes fueron falsamente acusados de cortar manos y pies de chicos belgas, es decir de hacer lo que los esbirros de Leopoldo II realizaban en el dominio privado que el monarca poseía en Africa.

El Africa Oriental Alemana era una colonia desde fines del S. XIX, que incluía los territorios de Ruanda y Burundi. Durante la Gran Guerra, la zona fue ocupada por fuerzas aliadas provenientes del Congo belga. Al finalizar el conflicto, aquella colonia alemana se transformó en Tanganika, excepto la parte occidental, que con el nombre de Ruanda-Urundi le fue confiada a Bélgica. En 1946 se convirtió en un fideicomiso de la ONU y se independizó en 1962.⁴³

⁴² Pongamos como ejemplos el libro de Caroline Elkin sobre la descolonización británica en Kenya cuyo título es: *Britain's Gulag: the brutal end of Empire in Kenya*. Cape, London 2005. O el artículo sobre el colonialismo alemán en Africa del Sudoeste de MEDLEY, Benjamin (2005), «From Africa to Auschwitz. How german South West Africa incubated ideas and methods adopted and developed by the nazis in Eastern europe», *European History Quarterly* N° 35, vol. 3.

⁴³ En 1994, el gobierno hegemónico hutu intentó exterminar a la población tutsi, con

En el cuarenta aniversario de la independencia del Congo, Jean Bricmont, profesor de la Universidad de Lovaina, publicó un artículo que invita a la reflexión, y que luego incluyó como capítulo de un libro sobre el «imperialismo humanitario». En él apuntaba que en la era actual, además de los crímenes del fascismo y del estalinismo faltaba un gran ausente, que Bricmont denominaba «X». Las secuelas del obrar de X afectaron más vidas que el estalinismo y el fascismo: *«es imposible comprender el mundo contemporáneo, la deuda del Tercer Mundo, la política del FMI, las migraciones, el racismo, los problemas ecológicos y los sucesos del Congo, Zimbawe, el Líbano o los Balcanes, sin remontarnos a X. En el mundo entero millones de personas mueren cada año, víctimas de las consecuencias de X»*.

Mientras que los crímenes de Hitler y de Stalin son continuamente «revelados» y «redescubiertos», los de X son, simplemente, cosa del pasado. *«La mayor parte de los grandes monumentos de Bruselas se construyeron gracias al pillaje hecho posible por X. En la terminal del tranvía 34 encontramos un museo consagrado a la apología enmascarada de X... Evidentemente, X es el colonialismo y el imperialismo occidentales... Lejos de defender el estalinismo y el fascismo, sólo quiero subrayar que el vacío de tanto discurso político contemporáneo focalizado en los crímenes ajenos, oculta permanentemente la fuente principal de los conflictos del mundo actual»*.⁴⁴

X, por lo tanto, ya no es un monarca ni un jefe visible, es la máscara de los poderes indirectos económicos y financieros, responsables tanto de guerras internacionales como de las eufemísticamente denominadas «de baja intensidad», del hambre, la miseria y postergación de pueblos enteros, por no hablar de la devastación de bosques, ríos y mares. Mientras X continúe mimetizándose y multiplicándose, el fantasma del rey Leopoldo jamás podrá ser exorcizado.

la complicidad de la comunidad internacional. Este genocidio no es motivo de esta reflexión, pero es una herencia de la administración colonial belga.

⁴⁴ BRICMONT, Jean (2006), «Le quarantième anniversaire de l'indépendance du Congo. Le stalinisme, le fascisme et X», *L'Imperialisme Humanitaire*, Lux Editeur, Québec. pp. 171-174. Todo aquel que conozca Bruselas sabe que al final del tram 34, en Tervueren, se encuentra el *Musée d'Afrique Centrale*. Los monumentos de Leopoldo II en la capital belga, entre otros, son el Palacio Judicial, el Palacio de Laeken -residencia real-, y el Parque del Cincuentenario, con el Arco del Cincuentenario, por la Exposición Mundial de 1897, conocido como el «Arco de las Manos Cortadas».

Bibliografía

- ACHEBE, Chinua (1977), «An Image of Africa: Racism in Conrad's Heart of Darkness», *University of Massachusetts Review*, N° 18.
- BRICMONT, Jean (2006), «Le quarantième anniversaire de l'indépendance du Congo. Le stalinisme, le fascisme et X», *L'Imperialisme Humanitaire*, Lux Editeur, Québec.
- BURROUGHS, Robert M. (2010), *Travel writing and atrocities. Eyewitness accounts of colonialism in the Congo, Angola and the Putumayo*, Routledge, New York.
- CHANGUION, Louis & JACOB, Frick & ALBERTS, Paul (2003), *Suffering of War. A photographic portrayal of the suffering in the angloboer war*, Kraal Publishers, Bloemfontein.
- CONAN DOYLE, Arthur (1904), *The Great Boer War*, Thomas Nelson & Sons, London.
- CONRAD, Joseph (2007), *El Corazón de las Tinieblas*, Nuevos Tiempos, Buenos Aires.
- HOCHSCHILD, Adam (1998), *King Leopold's Ghost: A Story of Greed, Terror and Heroism in Colonial Africa*, Houghton Mifflin Company, New York.
- HOCHSCHILD, Adam (1997), «Mr. Kurtz, I presume», *The New Yorker*, April 7.
- JONES, Adam (2006), *Genocide, A comprehensive introduction*. Routledge, New York.
- JÜNGER, Ernst (1970), *Juegos Africanos*, Guadarrama. Madrid.
- LEAVIS, F. R. (1950), *The Great Tradition. George Eliot, Henry James, Joseph Conrad*, Cambridge University Press.
- LYONS, Mayinez (1992), *The Colonial Disease: A Social History of Sleeping Sickness in Northern Zaire 1900-1940*, Cambridge University Press.
- VARGAS LLOSA, Mario (2008), «La aventura colonial», *El País*, Madrid 28 de Diciembre.
- NAJDER, Zdislaw (Ed.) (1978), *Joseph Conrad. The Congo Diary and other Uncollected Pieces*, Doubleday, New York.
- NEWSOME, David (2001), *El Mundo según los Victorianos*, Andrés Bello, Sgo. de Chile.
- PAGDEN, Anthony (1997), *Señores de todo el mundo. Ideologías del Imperio*

en España, Francia y Gran Bretaña en los siglos XVI, XVII Y XVIII, Península, Barcelona.

PHILIPS, Caryl (2003), «Out of Africa», *The Guardian*, Saturday 22 February.

STRAUSZ HUPÉ, R. & HAZARD H. W. (1964), *La Idea del Colonialismo*. Tecnos, Madrid.

MINISTÈRE DES AFFAIRES ETRANGERES, DU COMMERCE EXTERIEUR ET DE LA COOPERATION AU DEVELOPPÉMENT. BRUXELLES (1978), *Textes et Documents. Documents d'Histoire de Belgique, Tome II: la Belgique Contemporaine de 1830 a nous Jours*.

WATTS, Cedric (1983), «A Bloody Racist: About Achebe's View of Conrad», *Yearbook of English Studies*, vol. 13.

WILLIAMS, G. W. & CASEMENT, Roger & CONAN DOYLE, Arthur & TWAIN, Mark (2010), *La Tragedia del Congo*, Ediciones del Viento, La Coruña.